

deshielo. El viernes pasado, los guardias fronterizos de la República Democrática Alemana reconocieron al burgomaestre de Berlín, que viajaba por carretera desde Alemania Federal. Hasta ahora, siempre que ha ocurrido eso, el alcalde de Berlín ha sufrido toda clase de vejaciones. En 1968 le hicieron volverse atrás, negándole el paso a través del territorio de la República Democrática Alemana. En 1969 le hicieron bajar de un tren y le mantuvieron en pie esperando el paso del siguiente. Pero el viernes pasado le sacaron de la fila donde esperaba su automóvil, le hicieron pasar el primero, le dieron trato preferencial y honores... Es el nuevo clima. Tarde o temprano, Alemania Federal deberá reconocer la existencia de la Alemania Democrática y la escisión del antiguo país. La decisión está tomada. Sólo faltan las etapas para acomodar a la opinión pública y a la oposición para que acepten lo que durante veinticinco años se les ha estado presentando como una monstruosidad y una blasfemia.

El pacto con Alemania Federal no es, por lo tanto, un hecho aislado de la diplomática soviética: es un punto trascendental de la reanudación de sus movimientos hasta 1964. Coincide con la cooperación con los Estados Unidos sobre el tema de Oriente Medio —la velocidad en este caso de los Estados Unidos para llegar a un acuerdo es aún mayor que la soviética: no ha escuchado ninguna de las quejas de Israel ni ninguna de sus tesis para la formalidad de la conferencia—, con el buen fin de las conversaciones de Viena (SALT) y con un cierto «krutchevismo» interior: la tolerancia para los reformistas de Checoslovaquia, independentismo rumano y húngaro...

Se dice —sin confirmar— que Nixon va a venir a Europa en septiembre, tal vez en octubre. El punto principal de su viaje es la República Federal de Alemania y el examen, desde ella, de la nueva situación (posiblemente venga a España también). Se trata en realidad de mostrar que los alemanes federales cuentan en este momento complejo con el apoyo de los Estados Unidos (claro está que no hubiesen llegado nunca a este momento sin la presión de Washington para ello), y quizá este fuese el momento para una reunión como la propuesta por Brandt, de los cuatro jefes de Estado o de gobierno (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, República Federal Alemana), para un examen conjunto de la situación. Francia no ha acogido esta idea con demasiado entusiasmo. En todo caso, no participaría en ella hasta el viaje personal de Pompidou a Moscú, que está programado del 6 al 13 de octubre. Pompidou trata de recoger algo de una apertura al Este que inició Francia (De Gaulle), que acentuó hasta el punto de desprenderse de la OTAN, y cuyos principales beneficios económicos y políticos se lleva ahora Alemania Federal. Más tarde irá a Nueva York, donde la ONU celebra su reunión conmemorativa —veinticinco años de confusión—, del 19 al 24 de octubre. A ella acudirán el británico Heath, y desde luego Nixon. Podría ser motivo de una peregrinación de Brandt para así, sin formalismos, contar con sus ocupantes-aliados. La lógica negociación con ellos sería, ahora, la de la firma de un tratado de paz que espera desde hace un cuarto de siglo y del que en realidad el acuerdo con la URSS, sin serlo, supone una prefiguración.

Los movimientos ahora parecen como coordinados en las dos Europas. Se trata de buscar una «seguridad institucionalizada» entre todos los países de Europa, «sea cual sea su sistema político y social» (son palabras del embajador de Hungría en la conferencia de desarme de Ginebra); pero es muy posible que esos sistemas políticos y sociales no queden incólumes en el futuro. Sin duda para que la Unión Soviética haya reanudado esta diplomacia «krutcheviana» ha debido haber movimientos interiores de cierta importancia, sectores aperturistas que han aflorado a la superficie mientras otros cerrados, o neostalinistas, han perdido la partida; sin duda, se debe a ello el aplazamiento del Congreso del PCUS, que estaba previsto para este otoño, y se ha dejado para el mes de marzo. Una de las razones de la velocidad actual de movimientos de la URSS podría ser la de preparar para ese Congreso un extenso informe acerca de un mundo pacificado o en vías de serlo (entiéndase, en cuanto a relaciones de las grandes potencias entre sí) y, por lo tanto, a la posibilidad de introducir ciertas reformas interiores en el terreno económico y en el de las libertades políticas. Es decir, una continuación de la destalinización interrumpida o malograda, no ya a la caída de Krutchev, sino antes de ella. Si ello fuese así, el Congreso de marzo podría tener una enorme importancia. (Véase «El precio de la coexistencia», págs. 8-11.)

CHECOSLOVAQUIA:

SEGUNDO ANIVERSARIO

¿Una gran representación?

En el segundo aniversario del final de su aventura, Praga no se ha movido. Apenas alguna agitación estudiantil junto a la tumba del estudiante suicida Jan Palasz. Y artículos de pesado plomo en la radio, la televisión y la prensa con la doctrina del día: los tanques del Pacto de Varsovia llegaron a tiempo para evitar el triunfo de la contrarrevolución, planeada por el grupo antipartido de oportunistas derechistas. ¿Dónde está ese grupo? Dubcek, cabeza de turco, vive en su casa

soviético —dirigido por Antonin Kapek y el general Rytir— prepararon en junio un asalto político al partido y previamente enviaron un amplio memorándum a Moscú, conteniendo acusaciones contra la actual dirección y explicando sus propios planes; pero Moscú puso esta documentación en manos de Svoboda, que pudo deshacer el ataque. Otra historia es esta: otro de los fanáticos pro-soviéticos, Josef Jodas, envió una carta secreta a Brejnev acusando a Husak de «reformista invisible»: la carta le fue expedida a Husak por el propio Brejnev. Husak la utilizó para acusar abiertamente a Jodas de «fraccionalismo»: el desventurado murió horas después de una apoplejía fulminante. Parece que los «ultras», los pro-soviéticos —muchos de ellos del viejo corte del comunista romántico—, son los únicos que no participan de esta farsa y que no están enterados de que se está desarro-



de campo de Eslovaquia; ha pasado el verano nadando en un lago próximo y espera acontecimientos. Uno de ellos puede ser su proceso, del que se habla frecuentemente. A los otros políticos de 1968 puede encontrarseles ejerciendo sus antiguos oficios o alguno nuevo. Son conductores de taxi o de «bulldozer», metalúrgicos, camareros. Muchos, discretamente, ocupan de nuevo puestos directivos en la administración y en sectores de la producción: el país no puede prescindir de buenos técnicos. Ni tampoco parece que quiera. Algunos corresponsales extranjeros tienen la sensación de que en Checoslovaquia se está representando una gigantesca comedia en la que todos son actores: la comedia de la ortodoxia, de la depuración y del «buen camino», con el Presidente Svoboda y Gustav Husak como primeros actores. Más aún, que la Unión Soviética participa a su manera en esta comedia: que sabe que todo es una farsa y ayuda a que se desarrolle convenientemente sin ejercer demasiadas presiones, puesto que lo único que le conviene es lo que «parezca» Checoslovaquia. Se cuenta que el grupo pro-

llando. En este segundo aniversario se ha procurado y se ha encarecido que no hubiese ninguna clase de provocación que pudiera dar razón a los «ultras». Husak prepara cuidadosamente el Congreso del Partido. Ha aprendido algo importante de la lección de Dubcek: que antes de emprender reformas, es preciso tener un control del aparato. Es un hábil pez que sabe nadar con astucia entre las redes. Su preocupación, ahora, es contener procesos y depuraciones: cuando no puede hacerlo, actúa de forma que se vea claramente que los responsables de estos actos son los «ultras»; y trabaja al mismo tiempo para aplicar amnistías, indultos o libertades condicionales, y para reintegrar a sus puestos a los depurados. Al mismo tiempo se hace al duro con los duros: de la misma forma que acusó de fraccionalista a Jodas, ha acusado de maquiavolismo a otros «ultras». O de oportunismo, o de coyunturalismo. La opinión general es la de que si Husak hubiese dirigido el movimiento de 1968, en lugar de Dubcek, la «revolución en la revolución» de Checoslovaquia se habría sostenido.